

muchos zapatos como esparteñas ó alpargatas de venado cosidos con hilo de oro, que tenían la suela de cierta piedra blanca y azul, y muy delgada y transparente: otros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnecidos de oro, plata y perlas: una rodela de palo y cuero, y á la redonda campanillas de latón morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpido en ellas Huizilopuchtlí, dios de las batallas, y en hasta cuatro cabezas con su pluma ó pelo al vivo y desollado, que eran de león, de tigre, águila y de un buaro, especie de ave de rapiña ó de cerámico: muchos cueros de aves y animales adovados con su misma pluma y pelo: veinte y cuatro rodelas de oro, pluma y aljofar vistosas, y de mucho primor y muy galanas: cinco rodelas de pluma y plata: cuatro peces de oro, dos anades, y otras aves huecas y vaciadas de oro: dos grandes caracoles de oro que acá no los hay, y un espantoso cocodrillo con muchos hilos de oro gordos al rededor: una barra de latón, y de lo mismo ciertas hachas (18) y unas como azadas: un espejo grande guarnecido de oro y otros chicos: muchas mitras y coronas de oro, y plumas labradas y con mil colores, piedras y perlas: muchas plumas muy gentiles de todas colores no teñidas, sino naturales: muchos plumages y penachos grandes, lindos y ricos, con argenteria de oro y aljofar: muchos ventales y mosqueadores de oro y pluma, y de pluma sola chicos y grandes, y de todas suertes, pero todos muy hermosos: una manta como capa de algodón tejido de muchas colores, y de pluma con una rueda negra en medio con sus rayos, y por dentro rasa: muchos sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, paliós, frontales y ornamentos de templos y altares: muchas otras de estas mantas de algodón blancas solamente, ó blancas y negras, *escacadas* (19) ó coloradas, verdes, amarillas, azules y otros colores así; mas del embés sin pelo ni color, y de fuera bellas como felpa: muchas camisetas, jaquetas, tocadores de algodón, cosas de hombre: muchas mantas de cama, paramentos y alfombras de algodón. Eran estas cosas mas lindas que ricas, aunque las ruedas eran de mucho valor, y se podia estimar en mas la hechura que las mismas cosas, porque las colores del lienzo de algodón eran finisimas, y las de pluma naturales; las obras de vaciadero excedian al juicio de nuestros plateros, de los cuales hablaremos en el lugar que convenga. Pusieron tambien con estas cosas algunos libros de figuras por letras que usan los mexicanos cogidos como paños, escritos de todas partes: unos eran de algodón y engrudo, y otros de hojas de metal ó de texamátl que sirven de papel, que son cortezas de árboles que llaman pal-

[18] Con estos instrumentos suplían la falta de hierro, con circunstancia de que los indios poseían el secreto de dar al cobre el temple y dureza que al acero mezclándolo con oro y estaño.

[19] Escacada lo mismo que repartidas en cuadritos.

mitos, cosa harto de ver; pero como no los entendieron, no los estimaron. Tenían los de Zempòalan á la sazón muchos hombres para sacrificar: pidióselos Cortés para enviar al emperador con el presente, porque no los sacrificasen; mas ellos no quisieron, diciendo que se enojarian sus dioses y les quitarían el maiz, los hijos y la vida si se los daban; no obstante tomó cuatro de ellos y dos mugeres, los cuales eran mancebos dispuestos, andaban muy emplumados, y bailando por la ciudad y pidiendo limosna para su sacrificio y muerte. Era cosa grande cuanto les ofrecían y miraban: traían en las orejas arracadas de oro con turquesas, y unos gordos sortijones de lo mismo á los besos bajos que les descubrían los dientes, cosa fea para los de España; pero hermosa para los de aquella tierra.

CAPITULO 38.

Cartas del cabildo y ejército para el emperador pidiendo la gobernacion para Cortés.

Como el presente y quinto para el rey estuviese apartado, dijo Cortés al cabildo que nombrase dos procuradores que lo llevasen, que á los mismos daria él tambien su poder y náo capitana para llevarlo en regimiento: señalaron á Alonso Hernandez Portocarrero y á Francisco de Montejo, alcaldes, y Cortés holgó de ello, y dióles por piloto á Antón de Alaminos, é iban en nombre de todos: tomaron del monton tanto oro, que les pareció bastar para venir y negociar y volverse, y lo mismo fué del matalotaje para la mar. Cortés les dió poder para sus negocios muy cumplido, y una instruccion de lo que habían de pedir en su nombre, y hacer en la Corte, en Sevilla y en su tierra, que era dar á su padre Martin Cortés y á su madre ciertos castellanos, y las nuevas de su prosperidad; envió con ellos la relacion y autos que tenia de lo pasado en Nueva España, y envió una muy larga carta al emperador; llamóla así aunque allá no lo sabian, en la cual le daba cuenta y razon sumariamente de todo lo sucedido hasta allí desde que salió de Santiago de Cuba: de las pasiones y diferencias entre él y Diego Velazquez: de las rencillas que andaban en el real: de los trabajos que todos habían padecido: de la voluntad que tenían á su real servicio: de la riqueza y grandeza de aquella tierra: de la esperanza que tenia de sujetarla á su corona real de Castilla, y ofreció de ganar á México y traer á las manos al gran rey Moteuhsoma vivo ó muerto, y al fin de todo le suplicaba se acordase de hacerle mercedes en los cargos y provisiones que había de enviar en aquella nueva tierra descubierta á costa suya para remuneracion de los trabajos y gastos hechos. El cabildo de la Veracruz escribió asimismo al emperador dos letras, una en razon de lo que hasta entonces habían hecho en

su real servicio aquellos pocos hidalgos españoles por aquella tierra nuevamente descubierta, y en ella no firmaron sino los alcaldes y regidores; la otra fué acordada del cabildo y firmada de todos los demas principales que habia en el ejército, la cual en substancia contenia, como todos ellos tendria y guardarian aquella villa y tierra en su real nombre ganada, o moririan por ello, y sobre ello, si otra cosa no mandase su magestad, y suplicaronle humildemente diese la gobernacion de ello y de lo demas que conquistasen á Fernando Cortés su caudillo y capitán general y justicia mayor por ellos propios electo, que era merecedor de todo, y que mas habia hecho y gastado que todos en aquella flota y jornada; confirmandolo en el cargo que ellos mismos le dieron de su propia voluntad para mejoría y seguridad suya en nombre de su magestad; y si por ventura habia ya dado y hecho merced de aquel cargo y gobernacion á otra persona, que lo revocase, porque así convenia á su servicio y al bien y acrecentamiento de ellos y de aquellas partes, y tambien por evitar ruidos y escandalos, peligros y muertes que se seguirian si otro los gobernase, mandase, y entrase por su capitán: demas de esto le suplicaron la respuesta con brevedad, y buen despacho de los procuradores de aquella villa en cosas que tocaban al consejo de ella. Partieron pues Alonso Hernández Portocarrero, Francisco de Montejo, y Antón de Alaminos de Chiaviztlan y Villa Rica, en una razonable nave á 26 dias de julio de 1519, con poderes de Cortés y del consejo de la villa de Veracruz, y con las cartas, autos, testimonios y relacion que dicho tengo: tocaron de camino en el Marién de Cuba, y diciendo que iban á la Habana, pasaron sin detenerse por la canal de Bahama, y navegaron con próspero viento hasta llegar á España. Escribieron esta carta los de aquel consejo y ejército recelándose de Diego Velazquez que tenia muchisimo favor en la corte y consejo de Indias, y porque andaba ya la nueva en el real con la venida de Francisco Salceda, de que Diego Velazquez habia habido la gobernacion de aquella tierra del emperador con la ida á España de Benito Martin, lo cual aunque ellos no lo sabian de cierto, era muy gran verdad segun en otra parte se dice.

CAPITULO 39.

Del motin que hubo contra Cortés, y el castigo que se hizo en ello.

Hubo muchos en el real que murmuraron de la eleccion de Cortés, porque con ella excluian de aquella tierra á Diego Velazquez, cuyas partes tenian unos como criados, otros como deudores, y algunos como amigos, y decian que habia sido por astucia, halagos y soborno, y que la disimulacion de Cortés en

hacerse de rogar que aceptase aquel cargo, fué fingida, y que no pudo ser hecha, ni debia valer la tal eleccion de capitán y alcalde mayor sin autoridad de los frailes Gerónimos que gobernaban las Indias, y Diego Velazquez que ya tenia la gobernacion de aquella tierra de Yucatán segun fama. Cortés entendió esto, informósese quien levantaba la murmuracion, prendió los principales, y metióslos en una nao; mas luego los soltó por complacer á todos que fué causa de peor, por cuanto aquellos mismos quisieron despues alzarse con un bergantin matando al maestro, é irse á Cuba con él á avisar á Diego Velazquez de lo que pasaba, y del gran presente que Cortés enviaba al emperador para que se lo quitase á los procuradores al pasar por la Habana juntamente con las cartas y relacion, porque no las viese el emperador, y se tuviese por bien servido de Cortés y de todos los demas. Cortés entonces se enojó deveras: prendió muchos de ellos, tomóslos sus dichos en que confesaron ser verdad aquello, por lo cual condenó los mas culpados segun el proceso y tiempo: ahorcó á Juan de Escudero y á Cermeño, piloto: azotó á Gonzalo de Umbría que tambien era piloto, y á Alonso Peñate, á los demas no tocó. Con este castigo se hizo Cortés temer y tener en mas que hasta aquí, y á la verdad si fuera blando nunca los señoreara, y si se descuidaba se perdia; porque aquellos avisáran con tiempo á Diego Velazquez, y él tomara la nao con el presente, cartas y relaciones que aun despues la procuró tomar, enviando tras ella una carabela de armada, que no pasaron tan secretos por la isla de Cuba que no lo entendiese Diego Velazquez á lo que iban.

CAPITULO 40.

Cortés da con los navios al través con grande astucia.

Propuso Cortés de ir á México, y encubrirlo á los españoles soldados porque no rehusasen la ida con los inconvenientes que el gobernador Teudilli y otros ponian, especialmente por estar sobre agua que lo imaginaban fortísimo, como en efecto lo era, y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navios, cosa recia, peligrosa y de gran pérdida, á cuya causa tuvo bien que pensar, no porque le doliesen los navios, sino porque se lo estorbasen los compañeros que sin duda se lo estorbáran, y aun se amotináran deveras, si lo entendieran. Determinado pues á quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen los navios, de suerte que se hundiesen sin poderlos agotar ni tapar, y rogó á otros pilotos que esparciesen la voz, que los navios no estaban para navegar mas de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos á él estando en compañía de muchos á decirselo como que le daban cuenta de ello, para que despues no les echase culpa.

Ellos lo hicieron como él lo ordenó, y le dijeron delante de todos como los navios hacian mucha agua, y estaban muy abromados è inútiles para mas navegar, que así viesse lo que mandaba. Todos creyeron este engaño por haber estado allí mas de tres meses, tiempo que bastaba para estar comidos de la broma, y despues de haber conversado mucho sobre ello, mandó Cortés que aprovechasen lo mas que pudiesen de ellos, y los dejasen hundir ó dar al través, haciendo un cauteloso sentimiento por tanta pérdida y falta. De esta suerte dieron luego al través en esta costa los mejores cinco navios, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras, y todas las otras jarcias que podian aprovechar. De allí á poco quebraron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y propósito de Cortés, y decian que los queria meter en el matadero: él los aplacó diciendo, que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra, ni su compañía, que se podian volver á Cuba en el navio que para ello quedaba, lo cual fué para saber cuantos y cuales eran los cobardes y contrarios, y no confiarles ni confiarse de ellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse á Cuba, pero la mitad eran marineros que querian mas marinear que guerrear: otros muchos hubo con el mismo deseo viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardia en público. Cortés que supo esto mandó quebrar el navio que quedó, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho á Cortés por tal hecho: hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitán, pero de muy confiado y cual convenia para su propósito, aunque perdía mucho en los navios, y quedaba sin fuerza y servicio de mar: pocos ejemplares hay de estos de nuestro capitán, y los que se encuentran han sido de grandes y animosos hombres, como fué Omich, Barba Roja del brazo cortado, que pocos años antes que esto quebró siete galeotas y fustas por tomar á Bugia, segun yo lo escribo largamente en las batallas de mar de nuestros tiempos, cuyo hecho imitó Cortés con muchas ventajas. (20)

CAPITULO 41.

Que los indios de Zempóalan derribaron sus ídolos por orden de Cortés.

No veía Cortés la hora de ver á Moteuhsoma: publicó su partida: sacó del cuerpo del ejército ciento cincuenta españoles que le pareció bastaban para vecindad y guarda de aquella villa y fortaleza que ya estaba casi acabada: dióles por ca-

[20] Ignora donde exista esta obra.

pitán á Pedro de Hircio, y dejólos en ella con dos caballos, dos mosquetes, y con muchos indios que los sirviesen, y con cincuenta pueblos á la redonda amigos y aliados, de los cuales podian sacar mas de cincuenta mil combatientes, siempre que algo se les recreciese y los hubiesen menester, y èl se fué con los demas españoles á Zempóalan que está cuatro leguas de allí, donde apenas habia llegado, cuando le fueron á decir que andaban por la costa cuatro navios de Francisco Garay; tornóse luego por aquellas nuevas con cien españoles á la Veracruz sospechando mal de aquellos navios: como llegó supo que Pedro de Hircio habia ido á ellos á informarse quienes eran, y qué querian, y á convidarlos á su pueblo por si necesitaban algo. Supo asimismo, que estaban surtos tres leguas de allí, y fué allí con Pedro de Hircio y con una escuadra de su compañía, á ver si alguno de aquellos navios salia á tierra para tomar lengua è informarse qué buscaban, temiendo mal de ellos por no haber querido surgir allí cerca, ni entrar por el pueblo y lugar pues los convidaban á ello, y ya que habia andado como una legua encontró tres españoles de los navios, que el uno de ellos dijo que era escribano, y los dos testigos que venian á notificarle ciertas escrituras que no mostraron, y á requerirle que partiese con el capitán Garay aquella tierra, echando millones por parte conveniente; por cuanto tambien pretendia èl aquella conquista por primer descubridor, y porque queria asentar y poblar en aquella costa veinte leguas acia poniente, cerca de Nautlán que se dice ahora Almería. Cortés les dijo, que tornasen á los navios á decir á su capitán que se viniese á la Veracruz con su armada, y que allí hablarian y se sabria de qué manera venia, y si traia alguna necesidad que se la remediaría como mejor pudiese, y si venia como ellos decian en servicio del rey, que no deseaba èl cosa mas que guiar y favorecer á sus semejantes, pues estaba allí por su alteza y eran todos españoles: ellos respondieron que por ninguna manera el capitán Garay ni hombre de los suyos saidria á tierra, ni vendria donde estaba Cortés. Vista la respuesta entendió el negocio: prendiólos, y se puso tras de un medano de arena alto y frontero de las náos, ya que casi era de noche donde cenó y durmió, y estuvo hasta bien tarde del dia siguiente esperando si Garay ó algun piloto ó cualquiera otra persona saltaria en tierra para tomarlos, è informarse de lo que habian navegado y del daño que dejaban hecho; que por lo uno los mandaria presos á España, y por lo otro sabria si habian hablado con gente de Moteuhsoma; conociendo en fin que se recelaban mucho, creyó que era por algun mal recado ó despacho: hizo á tres de los suyos que trecasen vestidos con aquellos mensajeros, y que llegasen á la lengua del agua, llamando y capeando á los de las náos, de las cuales ó porque conocieron los vestidos, ó porque los llamaban, vinieron hasta una docena de hombres en

un esquife con ballestas y escopetas; los de Cortés que tenían los vestidos ajenos, se apartaron á unas matas como que buscaban la sombra porque hacia recio sol, y era medio día, por no ser conocidos, y los del esquife echaron en tierra dos escopeteros, dos ballesteros y un indio, los cuales caminaron derecho á las matas, pensando que los que estaban debajo eran sus compañeros: arremetió luego Cortés con otros muchos y tomaronlos antes que pudiesen meterse en el barco, aunque tambien se quisieron defender, y el uno de ellos que era piloto y traia escopeta encaró al capitan Hircio, y si trajera buena mecha y pólvora le matára: como los de las naves vieron el engaño y burla, no aguardaron mas, è hicieron vela antes que su esquife llegase: de estos siete que cogió, se informó Cortés como Garay habia corrido mucha costa en demanda de la florida, y tocado en un rio y tierra cuyo rey se llamaba *Panuco*, donde vieron oro aunque poco, y que sin salir de las naves habian rescatado hasta tres mil pesos de oro, y habido mucha comida á trueco de cosillas de rescate; pero que nada de lo andado y visto habia contentado á Francisco de Garay, por descubrir poco oro y no bueno. Tornóse Cortés sin otra relacion ni recado á Zempóalan con los mismos cien españoles que trajera, y primero que salió de allí consiguió con los de la ciudad que derribasen los ídolos y sepulcros de los caciques, que tambien reverenciaban como á dioses, y adorasen al Dios del cielo y la cruz que les dejaba, è hizo amistad y confederacion con ellos y con otros lugares vecinos contra Moteuhsoma, y ellos le dieron rehenes para que estuviese mas cierto y seguro que le serian siempre leales, y no faltarian de la fé que le habian dado, y que bastecerian los españoles que dejaba de guarnicion en la Veracruz, y ofrecièronle cuanta gente mandase de guerra y servicio. Cortés tomó los rehenes que fueron hartos; pero los principales eran *Mamexi: teuch*, ó *Tecuhtli*, y *Tamallicuhtzin*, y para servicio al ejército de agua y leña, y para carga pidió doscientos tamemes; tamemes son bástages hombres de carga y rehua, que llevaban á cuestras dos arrobas de peso por cualquiera parte que los llevan, estos tiraban la artilleria, y llevaban el hato y comida.

CAPITULO 42.

El encarecimiento que Olintlell, ú Olintlec señor de Zacollàn hizo del poderio de Moteuhsoma á Cortés, y de las grandezas de su córte.

Partió pues Cortés de Zempóalan, que llamó Sevilla, para México, á 16 dias de agosto del mismo año de 1519, con cuatrocientos españoles, quince caballos, seis tirillos, y con mil trescientos indios, entre todos así nobles y de guerra, como ta-

memes, en que cuento los de Cuba. Ya cuando Cortés partió de Zempóalan, no habia vasallo de Moteuhsoma en su ejército que los guiase camino derecho de México, que todos eran indios, ó por miedo porque vieron la liga, ó por mandado de sus pueblos y señores, y aquellos de Zempóalan no sabian bien el camino. En las tres primeras jornadas que el ejército caminó por tierras de aquellos sus amigos, fuè muy bien recibido y hospedado en especial en Xalapan: el cuarto día llegó á *Xicuchimatl* que es un fuerte lugar, puesto ladera de una gran sierra, y tiene hechos á manos dos pasos como escaleras para entrar en èl, y si los vecinos quisieran defenderles la entrada con dificultad subieran por allí los peones, cuanto mas los caballos; (21) pero segun despues pareció, tenían mandado de Moteuhsoma de que hospedasen, honrasen y proveyesen á los españoles, y aun dijeron que pues iban á ver á su señor Moteuhsoma, que supiesen de cierto que les era amigo. Este pueblo tiene muchas y buenas aldeas, y alquerías en lo llano: sacaba de allí Moteuhsoma cuando los habia menester cinco mil hombres de pelea: Cortés agradeció mucho al señor el hospedaje y buen tratamiento y la buena voluntad de Moteuhsoma, y despedido de èl fuè á pasar una sierra bien alta por el puerto, que llamó del Nombre de Dios por ser el primero que pasaba, el cual es tan sin camino, tan áspero y alto, que no lo hay tanto en España, que tiene tres leguas de subida; hay en ella muchas parras con uvas y árboles con miel: en bajando aquel puerto entró en *Teuexhuacán* (22) que es otra fortaleza y villa de amigos de Moteuhsoma, donde acogieron á los nuestros como en el pueblo atras; desde allí anduvo tres dias por tierra despoblada, inhabitable y salitrál. Pasaron alguna necesidad de hambre, y mucho mas de sed, á causa de ser agua toda la que toparon salada, y muchos españoles que á falta de dulce bebieron de ella, enfermaron: sobrevinolos asimismo un turbion de piedra, y con ella un frio que los puso en harto trabajo y aprieto, de modo que los españoles pasaron muy mala noche de frio sobre la indisposicion que llevaban, y los indios creyeron perecer, y así murieron algunos de los de Cuba que iban mal arropados, y no hechos á semejante frialdad como la de aquellas montañas. A la quarta jornada de mala tierra tornaron á subir otra sierra no muy agria, y porque hallaron en la cumbre de ella mil carretadas á lo que juzgaron de leña cortada y compuesta junto de una torrecilla en que habia algunos ídolos, llamaron el puerto de la Leña: dos leguas pasado el puerto era la tierra estéril y pobre; mas fue-

[21] Así facilitaba la providencia la conquista, como lo nota el padre Clavijero hablando de este estrecho en que los mexicanos pudieron disputar facilmente el paso, como los espartanos á las persas en el célebre estrecho de los Termolipas.

[22] Hoy *Ihuacán* de los Reyes.

go dió el ejército en un lugar que dijeron *Castilblanco* por las casas del señor que eran de piedra nuevas, blancas y las mejores que hasta entonces habian visto en aquella tierra, y muy bien labradas de que no poco se maravillaron todos; llámase en su lengua *Zaclotán* ó *Zacatlán* aquel lugar, y el valle *Zacatami*, y el señor *Olintletl* ó *Olintlec*, el cual recibió á Cortés muy bien, y aposentó y proveyó á toda su gente muy cumplidamente, porque tenia mandato de Moteuhsoma que lo honrase segun despues él mismo dijo, y aun por aquella nueva, mandamiento ó favor sacrificó cincuenta hombres por alegrías, cuya sangre vieron fresca y limpia, y muchos hubo del pueblo que llevaron á los españoles en honrosos y hamacas, que es casi en andas: Cortés les habló con sus farautes que eran *Marina* y *Aguilar*, y les dijo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demas que á los de hasta allí decia siempre, y al cabo le preguntó si conocia ó reconocia á Moteuhsoma; él como maravillado de la pregunta respondió pues quién hay que no sea esclavo ó vasallo de Moteuhsomatzin? entonces le dijo Cortés quien era el emperador rey de España, le rogó que fuese su amigo y servidor de aquel tan grande rey que le decia, y si tenia oro que le diese un poco para enviarle; á esto respondió que no saldria de la voluntad de Moteuhsoma su señor, ni daria sin que él se lo mandase oro ninguno aunque tenia bastante: Cortés calló á esto y disimuló, que le pareció hombre de corazon, y los suyos gente de forma y guerra; pero rogóle que le dijese la grandeza de aquel su rey Moteuhsoma, y respondió que era señor del mundo, que tenia trescientos señores de vasallos y cada uno cien mil combatientes: que sacrificaba veinte mil personas cada año; que residia en la mas fuerte y linda ciudad de todo lo poblado; que su casa y corte era grandísima, noble, generosa: su riqueza increíble, su gasto excesivo, y por cierto que él dijo la verdad en todo, salvo que se alargó algo en lo del sacrificio, aunque en verdad era grandísima carniceria la suya de hombres muertos en sacrificios por todos los templos, y algunos españoles dicen que sacrificaban algunos años cincuenta mil. Estando así en estas pláticas llegaron dos señores al mismo valle á ver los españoles, y presentaron á Cortés cada uno cuatro esclavas y sendos collares de oro de mucha valia. *Olintlec* aunque tributario de Moteuhsoma era gran señor, y de veinte mil vasallos: tenia treinta mugeres todas juntas y en su propia casa, con mas de cien otras que las servian: tenia dos mil criados para su servicio y guarda: el pueblo era muy grande, y habia en él trece templos, y en cada uno muchos ídolos de piedra y diferentes, ante quien sacrificaban hombres, palomas, codornices y otras cosas con zahumerios y mucha veneracion. Aquí y por su territorio tenia Moteuhsoma cinco mil soldados en guarnicion y frontera, y postas de hombres en parada hasta México: nunca Cor-

tés habia entendido tan particularmente la riqueza y poderio de Moteuhsoma; y aunque se le representaban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y otras cosas de su ida á México, oyendo aquellas que á muchos valientes por ventura desmayarian, no mostró punto de cobardia, antes cuantas mas maravillas le decian de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le venian de ir á verlo; y porque habia de pasar para ir allá por *Tlaxcalan* (que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y belicosísima generacion) despachó cuatro zempoaleses para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de *Zempóalan* y confederados, les ofreciesen su amistad y paz, y les hiciesen saber como iban á su pueblo aquellos pocos españoles á verlos y servirlos; por tanto, les rogaba que lo tuviesen á bien. Pensaba Cortés que los de *Tlaxcalan* harian otro tanto con él, como los zempoaleses que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habian dicho siempre verdad, que tambien entonces les podia creer que aquellos *tlaxcaltecas* eran sus amigos, y holgarian serlo de él y de sus compañeros puesto que eran enemiguísimos de Moteuhsoma, y aun que irian de buena gana con él á México, si hubiesen de hacer guerra por el deseo que tenian de librarse y vengarse de las injurias y daños que habian recibido de muchos años atrás de la gente de *Culhúa*. Holgó Cortés en *Zacotlán* cinco dias, que tiene fresca ribera y es apacible gente: puso muchas cruces en los templos derrotando los ídolos como lo hacia en cada lugar que llegaba, y por los caminos. Dejó contento á *Olintlectzin*, señor de allí, y fuese á un lugar que está dos leguas rio arriba y que era de *Iztacmixtlitán*, (23) uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene á lo llano y ribera dos leguas á la redonda, tantas caserías, que casi tocan unas con otras por donde pasó nuestro ejército, y él era de mas de cinco mil vecinos, y puesto en un cerro alto, y á un lado de él está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbicanas y hondacava; reposó allí tres dias para repararse del camino y trabajo pasado, y por esperar los cuatro mensageros que envió desde *Zacotlán* á ver qué respuesta traerian.

[23] Hoy se llama *S. Francisco Ixtacamaxtitlán*, su posicion es fuerte, y muy semejante á la del cerro colorado en *Tehuacán* de las *Granadas* que tanto ruido hizo en la última revolucion. En la cima de un cerro se vé aun, una capilla que era punto fortificado por los indios. En adelante daremos idea de estos lugares por una larga nota.

Del primer reencuentro que Cortés tuvo con los de Tlaxcálan.

Como tardaban los mensageros se partió Cortés de Zacatán ó Zacatlán sin otra inteligencia de Tlaxcálan. No anduvo mucho su campo despues que salió de aquel lugar, cuando á la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca de estado y medio de alta, y veinte pies de ancha, y con pretil de dos palmos por toda ella para pelear desde encima, la cual atraviesa todo aquel valle de una parte á otra, y no tiene mas de una entrada de diez pasos, y en aquella doblada la cerca sobre la otra á manera de rebellin por trecho, y estrecho de cuarenta pasos; de suerte que era fuerte y ma a de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntó Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la habia hecho. Le dijo aquel señor *Iztacmixtlitán* que le acompañó hasta ella, que estaba para atajar como mojon sus tierras de las de Tlaxcálan, y que sus antecesores la habian hecho para impedir la entrada á los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venian á robarlos y matar por ser amigos y vasallos de Moteuhsona. Grandeza le pareció á los españoles aquella pared allí tan costosa y fanfarona, pero inútil y superflua, pues habia cerca otros pasos para llegar al lugar arrojando un poco; pero con todo, no dejaron de sospechar que los de Tlaxcálan debian de ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponian delante. Como el ejército se paró á mirar aquella magnífica obra, pensó el señor *Iztacmixtlitán* que dudaba y temia ir adelante, y dijo y rogó á Cortés que no fuese por allí, pues era su amigo e iba á ver á su señor, ni quisiese pasar ni entrar por tierra de los de Tlaxcálan, que tal vez por quedar su amigo le harian algun daño, y le serian malos como con otros solian, que él le seguiria y llevaria siempre por tierras de Moteuhsona, donde seria bien recibido y proveido hasta llegar á México: los señores *Mamexic* y los otros de Zempóalan le decian que tomase su consejo, y en ninguna manera fuese por donde *Iztacmixtlitán* le queria encaminar, que era por desviarle de la amistad de aquella provincia, cuya gente era honrada, buena y valiente, y no queria que se juntase con él contra Moteuhsona; que no le creyese que era él y los suyos unos malos, traidores y falsos, y le meterian donde no pudiesen salir, y allí los comerian y matarian. Cortés estuvo suspenso un gran rato con lo que unos y otros le decian; pero á la postre se arrimó al consejo de *Mamexic*, porque tenia mas satisfaccion de los zempoaleses y aliados que no de los otros, y por no mostrar miedo, y así prosiguió el camino de Tlaxcálan que comenzó. Despidióse del señor *Iztacmixtlitán*, tomó de él trescientos soldados, y entró por

aquella puerta de la cerca, y luego con mucha orden y buen recado en todo el camino llevando á punto los tiros, y siempre yendo él de los primeros que adelantaban media y una legua á descubrir el campo, por si hubiese algo volver con tiempo á ordenar su gente, y á escoger buen lugar para batalla ó para Real, y así que tuvo andadas mas de tres leguas desde la cerca, mandó decir á la infanteria que caminase aprisa que era tarde, y él se fué con los de á caballo cuasi una legua distante, donde subiendo una cuesta dieron los de á caballo que iban delanteros, con unos quince hombres con espadas y rodela, y con unos peñachos que acostumbran traer en la guerra, los cuales eran espas, y como vieron los de á caballo echaron á huir de miedo ó por dar aviso. Llegó Cortés entonces con otros tres compañeros á caballo, y aunque mas voceó y señas hizo no quisieron esperar, y porque no se les fuesen sin tomar lengua corrió tras ellos con seis caballos, y alcanzólos: ya que estaban juntos y remolinados con determinacion de morir antes que rendirse, y señalándoles que estuviesen quedos, se juntó á ellos pensando tomarlos á manos y á vida; pero ellos no cuidaron sino de esgrimir, y así hubieron de pelear con ellos: defendiéronse tan bien un rato de los seis que hirieron dos de ellos, y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun lo dicen algunos fidedignos que lo vieron, *cortaron de cada golpe un pescuezo de caballo con riendas y todo*, de que quedaron maravillados y atónitos los españoles, y en esto llegaron otros cuatro de á caballo y luego los demas, con uno de los cuales envió Cortés á llamar corriendo la infanteria porque llegaban ya cerca cinco mil indios en un ordenado escuadron á socorrer y remediar los suyos que los habian visto pelear; mas llegaron tarde para ello porque ya eran todos muertos y alanzados con enojo, por haber matado aquellos dos caballos, y porque no se quisieron rendir; no obstante pelearon con los de á caballo con muy gentil ánimo y denuedo, hasta que vieron cerca los peones y artilleria, y el otro cuerpo del ejército contrario, y retiráronse entonces dejando el campo á los nuestros. Los de á caballo salian y entraban en los enemigos arremetiendo á su salvo por mas que eran sin recibir daño, y mataron hasta setenta de ellos; luego que se fueron, enviaron á decir á nuestro ejército y al capitan Cortés con dos de los mensageros que allá tenian dias habia, y con otros suyos como los de Tlaxcalan decian, que ellos no sabian de lo que habian hecho aquellos que eran de otras comunidades y sin su licencia; pero que les pesaba y pagarian los caballos por ser muertos en su tierra, que fuesen mucho enhorabuena á su pueblo, que se holgarian de acogerlos y ser sus amigos porque les parecian valientes hombres: todo era recado falso; Cortés se los creyó y les agradeció su buen comedimiento y voluntad, diciendo que iria como ellos querian á ser su amigo, y que no tenia necesidad de paga por sus caballos porque presto le vendrian

muchos de ellos; mas Dios sabe quanto le pesaba de la falta que le hacian, y de que supiesen los indios que los caballos morian y se podian matar. Pasó Cortés una legua mas adelante de donde le sucedió la pérdida de los caballos, aunque era casi á puestas del sol y venia su gente cansada de haber caminado mucho aquel dia, para poner su Real en lugar fuerte y de agua, y así lo asentó junto á un arroyo donde estuvo esa noche con miedo y con muchas centinelas á pie y á caballo; pero no le dieron ningun sobresalto los enemigos, y así descansó su gente mas de lo que pensaron.

CAPITULO 44.

Que se juntaron ciento y cuarenta mil hombres contra Cortés.

Otro dia con el sol partió Cortés de allí con su escuadron bien concertado, y en medio de él el fardaje y artilleria, y ya que llegaban á un pequeño pueblo allí cerquita, toparon con los otros dos mensageros de Zempóalan que fueron desde Zaclotán, que venian llorando, y dijeron como los capitanes del ejército de Tlaxcalán los habian atado y guardado, y que se habian ellos soltado y escapado aquella noche porque los querian sacrificar al otro dia al dios de la victoria y comérselos para dar buen principio á la guerra, y en señal de que habian de hacer lo mismo con los barbudos españoles y con cuantos venian con ellos. Apenas acabaron de contar esto, cuando á menos de tiro de ballesta asomaron por detras de un cerrillo hasta mil indios muy bien armados, y llegaron con un alarido que subia hasta el cielo á tirar dardos como lanzuelas, piedras y saetas á los castellanos. Cortés les hizo muchas señas de paz para que no peleasen, y les habló con los farautes rogándoselo y requiriéndoselo en forma por ante escribano y testigos como si hubiera de aprovechar, ó entendieran lo que era; y como quanto mas les decian, tanta mas prisa se daban ellos á combatir pensando desbaratarlos ó meterlos en juego, para que los siguiesen hasta llevarlos á una celada de mas de ochenta mil hombres que les tenían preparada entre unas grandes quiebras de arroyos, que atravesaban el camino y hacian muy mal paso; tomaron los españoles las armas y dejaron las palabras: travóse una gentil contienda porque aquellos mil eran tantos como los que de nuestra parte combatian, y diestros y valientes hombres y en mejor lugar puestos para pelear. Duró muchas horas la batalla, y al cabo ó por cansados ó por meter los enemigos en el garlito donde pensaban tomarlos á bragas enjutas, comenzaron á aflojar y á retirarse ácia los suyos, no desbaratados sino recogidos. Los españoles encendidos en la pelea y matanza que no fué chica, siguiéronlos con toda la gente y fardaje, y cuando me-

nos se cataron entraron en unas acequias y quebradas, y entre infinitisimos indios armados que los aguardaban en ellas. No se pararon por no desordenarse, y pasaronlos con harto temor y trabajo por la mucha prisa y guerra que los contrarios les daban, de los cuales hubo muchos que arremetieron á los de á caballo en aquellos malos pasos á quitarles las lanzas: tan osados y atrevidos eran. Muchos españoles quedáran allí perdidos si no les auxiliasen los indios amigos, y ayudóles tambien mucho el esfuerzo y consueño de Cortés, que aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvía de cuando en cuando á concertar su escuadron y animar la gente. Salieron en fin de aquellas quiebras á campo llano y raso, donde pudieron correr los caballos y jugar la artilleria: dos cosas que hicieron harto daño en los enemigos, y que mucho los maravilló por su novedad, y así luego huyeron todos. Quedaron este dia en el uno y otro reencuentro muchos indios muertos y heridos, y de los españoles fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, y todos dieron gracias á Dios que los libró de tanta multitud de enemigos, y muy alegres con la victoria se subieron á poner su Real en un pueblecito que se dice *Tebatzinco*, aldea de pocas casas que tenia una torrecilla y templo donde se hicieron fuertes, y muchas chozas de paja y rama que trajeron despues los tamemes. Hicieronlo tan bien aquellos indios que iban en nuestro ejército de los de Zempóalan y de *Iztacmixtlitán*, como que por ello les dió Cortés muy cumplidas gracias; ora fuere por miedo de ser comidos; ora, por vergüenza y amistad. Durmieron aquella noche que fué la *primera de septiembre de 1519* los españoles mal sueño, con recelo de que no los sobresaltasen los enemigos, pero ellos no vinieron, que no acostumbran pelear de noche. Luego que fué de dia envió Cortés á rogar y requerir á los capitanes de Tlaxcalán con la paz y amistad, y á que le dejasen pasar con Dios por su tierra á México, que no iba á hacerles enojo ni mal ninguno. Dejó doscientos españoles y la artilleria y tamemes en el Real: tomó otros doscientos y los trescientos de *Iztacmixtlitán* y hasta cuatrocientos zempoales, y salió á recorrer el campo con ellos y con los caballos antes que los de la tierra se pudiesen juntar: fué y quemó cinco ó seis lugares, y se volvió con hasta cuatrocientas personas presas sin recibir daño, aunque le siguieron peleando hasta la torre y Real donde halló la respuesta de los capitanes, la cual era que otro dia vendrian á verle y á responderle como veria. Cortés estuvo aquella noche muy á recado, porque le pareció brava respuesta y determinada para hacer lo que decian, mayormente que le certificaban los prisioneros que se juntaban ciento cincuenta mil hombres para venir sobre el otro dia, y tragarse vivos los españoles á quienes querian muy mal, creyendo eran muy amigos de Moteuhsona, al cual deseaban la muerte y todo mal; y así era verdad, porque los de Tlaxcalán juntaron toda la gen-

te posible para tomar los españoles, y hacer de ellos los mas solemnes sacrificios y ofrendas á sus dioses que jamas se hubiesen hecho, y un banquete general de aquella carne que llamaban celestial. Repátese Tlaxcalan en cuatro cuarteles ó apellidos que son *Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán y Quyahuitlán*, que es como decir en romance los Serranos, los del Pinar, los del Yeso y los del Agua: cada apellido de estos tiene su cabeza y señor á quien todos acuden y obedecen, y estos así juntos hacen el cuerpo de la república y ciudad, mandan y gobiernan en paz y en guerra tambien; y así aquí en ésta hubo cuatro capitanes de cada cuartel el suyo; pero el general de todo el ejército fué uno de ellos mismos que se llamaba *Xicohtencatl*, y era de los del Yeso, y llevaba el estandarte de la ciudad que es una águila de oro con las alas tendidas y muchos esmaltes y argenteria; traiala detras de toda la gente como es su costumbre estando en guerra, que cuando no, adelante vá. El segundo capitán era *Maxiscatzin*: el número de todo el ejército era casi ciento cincuenta mil hombres de combate, tanta junta y aparato hicieron contra cuatrocientos españoles, y al cabo fueron vencidos y rendidos aunque despues amigos grandísimos. Vinieron pues estos cuatro capitanes con todo su ejército que cubria el campo, á ponerse cerca de los españoles, una gran barranca no mas enmedio: el otro dia siguiente como prometieron, y antes que amaneciese. Era gente muy lucida y bien armada segun ellos usan, aunque venian pintados con bixa y xagua, (24) que mirados el gesto parecian demonios; traian grandes penachos y campeaban á maravilla; traian hondas, varas, lanzas, espadas que acá llaman bisarmas, arcos y flechas sin yerbas; (25) traian asimismo cascos, braceletes y grevas de madera, (26) mas doradas y cubiertas de pluma ó cuero; las corazas eran de algodón, las rodela y bróqueles muy galanos y no mal fuertes, que eran de recio palo y cuero, y con laton y pluma; las espadas de palo de encino curadas, y pedernal engastado en él por el canto, y de navajas negras que cortan bien como acero templado, y hacen mala herida. El campo estaba repartido por sus escuadrones, y cada uno tenia muchas vocinas, caracoles y atabales, que cierto era bien de mirar, y nunca españoles vieron junto mejor ni mayor ejército de Indias despues que las descubrieron.

CAPITULO 45.

Los grandes fieros que hacian á los españoles los de Tlaxcalán.

Estaban feroces aquellos y habladores, y diciendo entre

[24] *Es decir bermellon y negro que da la fruta xagua.*

[25] *Especie de botas para cubrir las piernas.*

[26] *Sin veneno.*

si mismos, ¿qué gente poca y loca es ésta que nos amenaza sin conocernos, y se atreve á entrar en nuestra tierra sin licencia y contra nuestra voluntad? no váyamos á ellos tan presto, dejémoslos descansar que tiempo tenemos para tomarlos y atarlos; enviémosles de comer que vienen hambrientos, no digan despues que los tomamos por hambre y de cansados; y así les enviaron luego trescientos gallipabos, y doscientas cestas de bollos de centli (27) que es su pan ordinario, que pesaban mas de cien arrobas, lo cual fué gran refrigerio y socorro para la necesidad que tenian. De allí á poco dijeron, vamos á ellos que ya habrán comido, comerémoslos y nos pagarán nuestros gallipabos y tortas, y sabrémos quien les mandó entrar acá; y si es *Moteuhzoma* venga y librellos; y si es su atrevimiento lleven el pago. Estos y semejantes fieros y liviandades hablaban entre si unos con otros viendo tan poquitos españoles por delante, y no conociendo aun sus fuerzas y coraje. Aquellos cuatro capitanes enviaron luego hasta dos mil de sus mas esforzados hombres y soldados viejos al Real, á tomar los españoles sin hacerles mal: mandóseles que si tomasen armas y se les defendiesen, que los atasen y trajesen por fuerza ó los matasen; mas ellos no quisieron, diciendo que ganarian mucha honra en tomarse todos con tan poca gente. Los dos mil pasaron la barranca y llegaron á la torre osadamente: salieron los de á caballo y tras ellos los de á pie, y á la primera arremetida les hicieron conocer cuanto cortaban las espadas de hierro: á la segunda les mostraron para cuanto eran aquellos pocos españoles que poco antes ultrajaban, y á la otra les hicieron huir gentilmente: de los que ellos venian á prender no escapó hombre ninguno, sino los que acertaron á tomar el paso de la barranca. Comió entonces la demas gente con grandísima griteria hasta llegar al Real de los españoles, y sin que les pudiesen resistir entraron dentro muchos de ellos, y anduvieron á las cuchilladas y brazos con los cristianos, los cuales tardaron un buen rato en matar y echar fuera aquellos que entraron saltando el balladár, y estuvieron peleando mas de cuatro horas con los enemigos, antes que pudiesen hacer plaza entre el balladár y los enemigos que le combatian. Al cabo de aquel tiempo aflojaron reciamente viendo los muchos muertos de su parte y las grandes heridas, y que no mataban á nadie de los contrarios, aunque no dejaron de hacer algunas arremetidas hasta que fué tarde y se retiraron, de lo que se alegró mucho Cortés y los suyos, que tenian los brazos cansados de matar indios. Mas alegría tuvieron aquella noche los españoles que miedo, por saber que con lo obscuro no pelean los indios, y así descansaron y durmieron mas á placer que hasta allí, aunque con buen recado en las estancias y muchas velas y escuchas por todo. Los indios aunque echaron me-

[27] *Tumales. Centli, es. maíz.*